

Patria y espectáculo

Ernesto Romano

La patria debe hacerse desde los ojos y desde los símbolos¹. A esto apunta el sistema educativo contenido en la "Idea Sarmiento". Escuela, plaza y templo son teatros que montan el espectáculo de un pueblo que nace de verse naciendo.

¿Por qué debería extrañarnos esta pedagogía histriónica en un autodidacta; en un *self made man* obligado a alimentarse de su propia actividad? Talante estético e histerismo lo vuelven fatalmente actor y hacen de su país, escenario. En definitiva, el hombre representativo es aquél que encarna el espectáculo universal.

El maestro, crítico teatral y político, ha concebido la diabólica idea de aparear los tres rubros en un sistema de creencias y espectáculos.²

Tanto la recomendación a su nieto de permanecer en París para contemplar el espectáculo de la ciudad sitiada, como la adjetivación, "teatral", "poética" y "pintoresca", dada a la batalla de Caseros³, ejemplifican su concepción escénica de la historia.

El teatro es una "verdadera escuela"⁴, que sin dejar de ser una "fiesta popular"⁵ educa hábitos y costumbres; su función social equivale a la de los caminos⁶, es decididamente un "foco de civilización"⁷ que gobierno y patriotas deben favorecer.

La creación de una sociedad dramática en San Juan en la que sirve como escenógrafo y fabricante de máscaras es, junto al colegio de señoritas, una de sus primeras actividades públicas.

La ambigüedad de Sarmiento, su continuo oscilar entre civilización y barbarie, o entre Apolo y Dionisio si se prefiere, tiene en la valoración del espectáculo en todas sus formas, su muestra más clara. Su programa político y educacional desmiente la apolínea ideología con la que la generación del '80 lo ha simultáneamente canonizado y cercenado. Baco, divinidad fundadora del arte escénico y padre del exceso, también participa en su demiurgia.

Un pueblo a mitad de camino entre el niño y la bestia, llevado de la nariz por imágenes y emociones, por magnas teatralizaciones del poder, es lo que Sarmiento, iluminado por Juan Bautista Vico y Juan Manuel de Rosas, ve en tomo suyo.

El señorío de Júpiter, según el filósofo napolitano, radica en el terror y la poesía; Rosas, práctica mediante, parece coincidir con él. En su preguntar por el origen del poder, descubrirá Sarmiento el sistema teatral de Rosas en su admirable y temible arquitectura. Actos, fiestas, gestos y colores ejemplares, constituyen la paideia rosista.

La épica sarmientina no intenta eliminar esta efectiva mitología política sino reemplazarla por una más benigna; no pretende destruir un sistema icónico de gobierno, sino poner en su centro la educación popular.⁸

Sarmiento y Rosas son dos escenografías en lucha. El colorado versus el celeste y blanco, el frac contra el chiripá y el apero enemigo de la silla de montar, presiden una enconada batalla. Formas, colores y vestimentas lidian por un primerísimo papel.⁹

La “Idea Samiento” que propone un país convertido en escuela no hace distinción entre macro y microcosmos. Un niño y un pueblo en plena infancia son equivalentes. El infante y la inmadura comunidad deben ser cultivados a través de imágenes y símbolos artísticamente conjugados y no sólo mediante, sino en medio, ceñido por éstos.

Analizando la niñez del actor comprenderemos mejor al político y educador. El niño Domingo es aplaudido como monstruillo lector, y admirado bajo disfraz de sacerdote parodiando misas cantadas. Su juego favorito consiste en moldear soldados y curitas de barro destinados a batallas y procesiones; innumerables son también los dibujos de santos, con idéntica fisonomía, que nacen de su mano. El saludo al Sol de Mayo y el Domingo Glorioso de resurrección son las cumbres extáticas del niño. Espectáculo y rito están para él inicialmente enlazados.

Sarmiento, nace al noveno mes de la revolución, lo que equivale a ser congénito de su patria, a compartir con ella el tiempo originario. Su genio, grávido de origen, es esencialmente fundador. En él, la mitología nacional y la personal se identifican; la *Escuela de la Patria* (...) en la que Domingo se educa, es gemela de la patria como escuela¹⁰ y Don Ignacio Rodríguez, maestro del futuro presidente, imagen especular del presidente como maestro.¹¹

La niñez y la fiesta están en él hermanadas; representan a un mismo tiempo el origen individual y comunitario. De allí, la nostalgia y lamento por su degradación: “nosotros hemos suprimido todas las antiguas tradiciones cristianas; la noche buena, el carnaval, el día de inocentes, el de ánimas, y nos hemos quedado tristes, aislados y sin ocasión para la alegría (...)”.¹²

Numerosas son las menciones de sus fiestas infantiles; procesiones, desfiles, hogueras y días de santos permanecen largamente en su retina. Meses antes de morir, a sus 77 años, se emociona aún recordando los fogones de la noche de San Juan en su niñez.¹³

La fiesta escolar

Condorcet y sus *Memorias sobre la instrucción pública* están, sin duda, en la base de la concepción festiva de Samiento. El francés advierte la importancia del espectáculo popular; fiestas, bailes, marchas solemnes, ejercicios gimnásticos y toda teatralización que sirva para “gravar fuertemente épocas” en la memoria del pueblo y excitar el entusiasmo patrio, son poderosos medios de educación.

Decoraciones, esculturas, monumentos e inscripciones deben hablar un mismo lenguaje y comunicar idénticas ideas que, con ayuda de la diversión, conformen la unidad nacional. Nuestro prócer, con su peculiar arcaísmo, ampliará la ilustrada versión del girondino.

La “Idea Samiento” concede su primogenitura a la fiesta escolar, encargada de establecer el panteón infantil y la mitología argentina. Espectáculo fundamental que actualiza y devuelve el fundamento; por ella los héroes retoman y su gesta se hace contemporánea.

El 25 de mayo procura revivir en la masa íntima de las poblaciones, de origen quichua, el culto solar de los incas; el niño contempla con el primer destello del astro la cosmogonía patria y celebra las facciones humanas del disco en su bandera.¹⁴

Samiento no abandona su niñez, míticamente instalado en ella, la dilata hasta abarcar su pueril país.

La escuela convertida en palacio no es una alegoría sino un símbolo hecho espectáculo. El niño pobre y su padre deben sentir que de allí saldrá el vulgar Ceniciento mutado en rey. El analfabeto encandilado por la fiesta pública que habla a los sentidos, deja de ser un mero espectador y penetrando en la escuela, se transforma en actor y protagonista¹⁵. La propaganda escolar con su parafernalia de procesiones, cantos, banderas y estatuas, funda el imaginario nacional.

Reemplazando al templo, lugar originario del espectáculo, la escuela será el prototeatro y su misión impartir mitología patria asistida por un calendario de fiestas escolares. El maestro, tomando el lugar del sacerdote¹⁶, pronunciará el *Venire ad me Parvulos* oficiando el ritual básico que el político repetirá en gran escala.¹⁷

El hecho de que Samiento montase escuelas, o intentase hacerlo, sobre predios originalmente sacros, iglesias y conventos¹⁸, muestra su plan de sustituir un templo por otro. Llamativa es también la desenvoltura con la que se codea y equipara con Cristo en prédica y martirio.

La multitudinaria fiesta en la colocación de la piedra fundamental de una escuela contiene todo el arsenal propagandístico del furibundo maestro. Liturgia, ópera, desfile, corso y procesión confunden en un espectáculo que nada deja afuera. Don Domingo, en plena calle y en torno de la pirámide de Mayo, se da todos los gustos. Banderitas, sables de palo y cornetas enarbolados por la chusma infantil recuerdan su propia infancia; los coros del Hernani y el bosquejo de la escuela del pintor Pallier satisfacen su personal estética. En esta candorosa y faústica fiesta rememora todo lo suyo, la educación que le fue negada, y la que está dichoso de dar.

El espectáculo al que compara con una “alucinación fantástica”, expresión ya utilizada en sus descripciones del carnaval y la corrida de toros, le sugiere una original idea: la adhesión popular a la fiesta se debe a un oculto motivo, la arquetípica imagen de la Virgen y el Niño obrando en el inconsciente de la muchedumbre.¹⁹

La reflexión final no es menos sugerente: “el pueblo pide la luz del sol, el espacio, el movimiento. La aristocracia ha terminado”.²⁰

Espectáculos fundacionales

Una nación existe a condición de concebirse etema. Su origen establece límite y fuente a la memoria colectiva. A ese punto inicial remiten todas las fiestas, porque su esencia es rememorar.

El acto solemne en la inauguración de un telégrafo o un parque público, suplanta con ventaja los libros que el iletrado no sabe leer. No hay espectáculo más grande para el paisano que ver levantarse en medio del desierto la palada de tierra que anuncia un ferrocarril.

Lo perdurable es la necesidad festiva y no su forma, que puede ser suprimida por el tiempo; el día del Santo tiende, según Samiento, a ser reemplazado por el del héroe fundador. El científico, el militar y el artista forman el nuevo y mitológico elenco que tomará por asalto el santoral. Pese a su aparente profanidad, la

propuesta permanece sacra, el espectáculo sustituto sigue aludiendo a los orígenes.

Festividades desaparecidas pueden también resucitar en el espíritu de los pueblos; el yanqui está por ejemplo, predispuesto para el renacimiento de juegos olímpicos y misterios dionisiacos.²¹

La ciudad como escuela

La polis es, a un tiempo, escenario de la política y del espectáculo demiúrgico; jardines y paseos públicos, estatuas, escuelas monumentales, teatros y cementerios montan sus fiestas pedagógicas.

La ciudad contiene y sirve al espectáculo fundamental: la civilidad en movimiento; su misma conformación obedece a esta puesta en escena. La arquitectura de Madrid, por ejemplo, responde al popular gusto por procesiones y desfiles²². Córdoba, monacal y refractaria, tiene por centro un paseo que semeja a un claustro y por corazón una fuente muerta. Sarmiento opondrá a este escolástico espectáculo uno de naturaleza inversa, la feria de artes y oficios. También sobre suelo cordobés y contrariando el espíritu local, que solo mira lo propio, el observatorio astronómico que relevará los cielos australes.

Una ciudad constituye un diccionario, educa a través de letreros, escaparates y escenas que forman la imaginación. Sarmiento piensa también en la posibilidad de utilizar las paredes laterales de los grandes edificios a modo de pizarrón público. Como gobernador, pintará de blanco las casas de San Juan haciendo con urbanismo, pedagogía.

En la teoría patria, la estatua representa el espectáculo de la memoria eximida de tiempo. En la movilidad y fugacidad de la vida ciudadana, el prócer, revestido de piedra o metal, educa sobre lo inmóvil y eterno.

El catálogo estatuario incluido en la obra de Sarmiento alcanza dimensión de bosque. Pide, decreta, inaugura, visita y saluda las estatuas de cuanto personaje cree ejemplar, inducido, por supuesto, él mismo. Critica además, como carencia cívica del hispano, la falta de monumentos de Colón y Cervantes, entre otros fundadores; América hereda el virus.²³

La exposición industrial de Córdoba representa un drama destinado a transformar a la ciudad que le sirve de escenario. El argumento parece sencillo, el progreso nace de su propio espectáculo; la fiesta es su lazarillo. Todo el arsenal festivo acompaña la exhibición de máquinas y productos; jardines, lagos, fuentes, estatuas, juegos de artificio, palacio monumental y galería de pinturas contribuyen a un épico propósito: cambian la conciencia de un pueblo.

El jardín del Edén

El imaginario del jardín, bíblico en nuestro personaje, tiene origen temprano. El niño, para borrar la culpa del higuericidio, crea para su madre un jardín. El carácter paradisiaco del obsequio se descubre en el comentario de su autor: “y vi que era bueno”.²⁴

La educación no se limita al hombre; no es una cuestión interna de la especie humana, sino una prerrogativa adánica. El maestro culmina la obra de la divinidad; tierra y bestias del campo deben recibir nombre y guía.²⁵

Si la consumación del alumno se da en el ciudadano culto, la de la tierra inculta se logra en el jardín.

El esquema simbólico es sencillo, Rivadavia crea el Jardín de Aclimatación obedeciendo al mandato de señorear sobre la tierra; Dorrego, representante de la pampa en cueros vivos, elimina con su primer decreto el jardín rivadaviano.²⁶ El parque Tres de Febrero teatraliza la apoteosis del símbolo; Samiento planta su jardín sobre el de Rosas; tomando su lugar siembra sobre lo que el tirano ha sembrado. Isla, rosedal y palmeras, representan una invitación a la nacionalidad (...). La hostilidad del mundo se esfuma en este edén y el inmigrante, cualquiera sea su procedencia, recupera transfigurada su tierra natal.

La fiesta de los muertos

Como todo espectáculo, un cementerio constituye una escuela, su rango escatológico potencia además el magisterio: "aquello que nosotros somos, tú serás". Extremos de la misma vara, el cementerio creado durante su gobernación, guarda simetría con la escuela edificada.

El paseo por la necrópolis vincula ontológicamente tres mundos; muertos, vivos y venideros agravan un silencio que es éxtasis histórico. Samiento lo dice claramente, patria y cementerio son idénticos.²⁷

El Día de Difuntos, recuerda y actualiza el origen. El paseante desciende a los infiernos patrios y vislumbra bajo una luz espectral su identidad.²⁸

Las fiestas crueles

El auto de fe (corrida de toros que daba el santo oficio)²⁹, la riña de gallos, la mazorca y el patíbulo público, son algunas de las cruentas fiestas criticadas.

La tauromaquia revela mejor que cualquier otro espectáculo la referida dualidad de Samiento. En su escrito sobre la corrida madrileña, crítica y elogio se suceden línea tras línea. Pese a mencionar que la fiesta, presidida por el rey, tiene carácter homérico y el pueblo español se muestra sobre la plaza heredero de Roma; la conclusión es nefasta: "todos los males le vienen de ahí": enemigo del trabajo, guerrero y apasionado por espectáculos, el español sigue pidiendo *panem et circenses* para vivir feliz en medio de su caída.³⁰

Aunque en su teatro de arena el torero es tan artista como Dumas y tan héroe como Napoleón, y sus poses, dignas del cincel de Canova³¹, nuestro escritor no puede evitar que su elogio culmine en condena: "He visto los toros, y sentido todo su sublime atractivo (...) porque tan imbécil como todo eso es la especie humana".³²

Algunos años después, en la entrada triunfal del Ejército Grande, Samiento magnetizado por un enorme paño rojo, hunde compulsivamente su espada en el centro de la tela. Su pánico espíritu, haciendo las veces del toro, también sabe manifestarse como bestia.

El Baile

Porque no existe pedagogía sin entusiasmo, Dionisio está obligado a participar. Don José de Oro, su maestro y cofundador de su primera escuela, es también su socio cuando se trata de bailar con las guasitas del campo.

La educación, si quiere ser efectiva, debe tocar resortes primarios: imagen y movimiento. La Polka “invención de ángeles” que supera en difusión a las mejores ideas³³, señala el camino.

Pitonisa y bailarina confunden en una danza frenética por medio de la cual la sociedad se iguala, las clases disuelven y la unidad y homogeneidad del pueblo queda establecida³⁴. Desde la vitalidad, núcleo de lo bárbaro, nace a través del arte la civilización.

Fiestas de máscaras, vestidos y disfraces

El 12 de febrero chileno, día escogido en el “círculo eterno” del tiempo³⁵, le sirve para una apología del baile de máscaras; que tras definir como fiesta misteriosa, reunión de personajes de todas las épocas y naciones³⁶, propone como medio educativo. Sarmiento hace sin embargo una salvedad, ambos sexos deben disfrazarse. Las jóvenes devenidas sultanas, vestales, gitanas o variando su sexo³⁷ deben gobernar el baile³⁸. Excluir a la mujer del disfraz implica convertir el espectáculo en pobre payasería.

Su concepción teatral del mundo otorga un papel fundamental a vestuarios y vestuaristas. Hay esbozada en su obra una sociología del vestido: “toda civilización se expresa en trajes y cada traje indica un sistema de ideas entero” (...) Sarmiento invierte el dicho tradicional sosteniendo que “el hábito hace al monje”³⁹. El vestido contiene y forma su contenido⁴⁰. “Mientras no se cambie el traje del soldado argentino ha de haber caudillos. Mientras haya chiripá no habrá ciudadanos”.⁴¹

La moda no es inocua, apariencia y ser coinciden; el político no es menos modisto que el vestuarista o el maestro, que contribuye con el delantal blanco a la escenografía nacional.

Agudísimo es su ojo en descifrar el espíritu de los trajes populares; prueba la poca afección del español a la bebida por lo pesado de su capa⁴² y la falta de unidad de su nación por la diversidad de sus vestimentas. También la libertad de un pueblo se expresa por el cambio o la inmovilidad de los vestidos⁴³. Quiroga y el Restaurador son por su despotismo, enemigos obligados del frac y de la moda⁴⁴.

El feminista Sarmiento descubre en el análisis de los atuendos de la mujer las huellas de su sometimiento. Las monjas y su exótica mortaja⁴⁵, el origen religioso de la mantilla negra de las españolas⁴⁶ y el velo de limeñas y argelinas son mencionados.

Su interés por el vestido alcanza al paradójico disfraz. Éste, que revela ocultando, supone la inversión de aquello que expresa. Lo velado se exorciza así a través de su propia manifestación. Sarmiento, que equipara al gaucho con el árabe y adjudica a Facundo los hábitos del nómada, elige como disfraz el atuendo del enemigo. Tres veces por los menos se muestra musulmán. En Argelia, regatea y compra el fez, el caftán y las babuchas que lucirá luego sobre una góndola en Venecia y sobre un carro en Santiago de Chile.

En un risueño artículo periodístico, oculto bajo seudónimo, declara su predilección por el sultanato frente a la democracia; entre Ab Del Kader y Washington, elige ser el musulmán (.....)

Sarmiento, gaucho que ataca al gaucho y rústico enfrentado a la rusticidad, desnuda a través de la máscara su encubierto rostro de Jano. Ricardo Rojas

intuye esto, cuando habla de la gemelidad de D. Domingo y Facundo. La dualidad anímica de Sarmiento que el disfraz revela, tiene su oculta raíz en el nombre del prócer, hijo de Clemente Quiroga Sarmiento y genealógicamente enlazado al atigrado caudillo.

Haciendo de Sarmiento un héroe excluyentemente solar y birlando por sistema al lunático, el imaginario de la política argentina lo ha mutilado. La dupla civilización y barbarie no representa antinomias absolutas, sino opuestos complementarios. La dualidad está en el inicio; metafísica, social y psíquicamente, Quiroga es el nombre original de Sarmiento. El héroe apolíneo, todo saber y todo bronce, de nuestra historiografía, no es sino un pobre sustituto del genio. La faz dionisiaca de Sarmiento ríe oculta en las sombras; asoma sin embargo y se pasea descaradamente por el carnaval y las fiestas populares. Así, el presidente de la nación, librando en las calles su acuática batalla de carnaval, será luego el anciano que sugiere se dinamite al paso de un desfile, alguna vieja casa, a fin de realzar el espectáculo⁴⁷. El primitivo da letra al civilizado.

La fiesta de los locos

Si bien iglesia e inquisición tratan de eliminar todo resabio de paganismo en Hispanoamérica persiguiendo los excesos del carnaval, no pueden evitar su contrabando en diversas celebraciones que huelen a camestolendas, las Fiestas de Locos. Abriéndose camino entre hostias y escapularios, los desterrados demonios, los catimbados vestidos a la morisca y las colosales tarascas recuperan algo de su báquica pompa. Sarmiento presencia y describe varios de estos espectáculos en que Dionisio y Cristo desposan híbridamente.

La fiesta de los Locos tiene como piadosa enseñanza, a través de la inversión del orden establecido, el valor que la debilidad del niño, el loco y el pobre tienen a los ojos de Dios. Sarmiento, criado en la pobreza, devoto de la niñez y afamado como loco, no fue ajeno a estas celebraciones.

La fiesta de los inocentes, antaño celebrada en las calendas de enero, en que una turba de niños se apropian de iglesias y vestiduras sacras para danzar y parodiar toda autoridad, tiene también su referencia⁴⁸; ya mencioné al niño Sarmiento representando un papel similar. Otra de las célebres festividades de Locos llama su atención: “la *fiesta de Asno*, antiguamente celebrada en Beauvais de Francia todos los años el 14 de enero, conmemorando la fuga de la virgen con el niño Jesús a Egipto, la he alcanzado en Chorrillos en los alrededores de Lima en 1864”⁴⁹.

En su narración sobre el Corpus de Petorca⁵⁰, donde el Santísimo desfila cortejado por máscaras de chivos, un cucurucho como cura y una banda de sonajas y tamboriles, no logra, pese a su crítica sobre lo irracional del culto, disimular su admiración. Su interés por esta celebración lo lleva a recabar información sobre variantes de la misma en otras regiones; mencionando hombres toros perseguidos por caballos de cuero que corren entre las filas de la procesión.

Llamativa es también su descripción de la fiesta del Pelicano, centrada en un monstruoso ataúd con la forma del pájaro que acoge el cuerpo del crucificado en medio de una pantomima.

La Fiesta de Nuestra Señora de los negros y mulatos, es una de sus preferidas; al recuerdo de la victoria sobre los ingleses se une la exaltación del esclavo, que por la inversión de jerarquías que la fiesta impone, se vuelve dueño de su señor.

Las joyas de las señoras pasan momentáneamente a los cabellos de las mulatas y las chaqueras de perlas a las gargantas de ébano de las negritas. La nostalgia de los orígenes es evidente en el escrito: “los que han alcanzado aquellos felices tiempos no se dan cuenta hoy de la animación y entusiasmo que se veía pintado en aquellos pardos semblantes (...)”.⁵¹

Sarmiento, pese a proclamar la falta y necesidad de las fiestas populares, plantea la caducidad de algunas de éstas. Se opone desde la prensa a la rehabilitación de la Fiesta de los Judíos, en que la multitud contempla desfilar rengos, jorobados y narigones representando al pueblo de Abraham: “deseáramos que para quitar la tentación, los conventos poseedores de los tales mamarrachos, los quemasen el sábado santo, y que sean éstos los últimos judíos que se quemen en este mundo (...)”.⁵²

El domingo de “Cuasimodo”, infemal cabalgata en torno al Santísimo, llevado a los enfermos entre cohetes voladores, relinchos y alaridos, es otra de las fiestas criticadas.

El carnaval

La descripción del carnaval de Buenos Aires, bajo la tutela de Rosas, deja también al descubierto la ambigüedad temperamental de Sarmiento. La ironía del exiliado no logra ocultar su admiración.

El tirano comprendiendo la necesidad imperiosa del carnaval, le ha dado fuerza de ley; las puertas del infierno se abren y el pueblo en masa alcanza la felicidad; el restaurador mismo no está a salvo de baldazos y arrojados huevos. La multitud alegre se lanza a una incruenta guerra civil sin respeto por patrones y jerarquías. La conclusión del maestro y futuro presidente es rotunda: “cuando tengamos que rehabilitar lo pasado (...) el carnaval debe ser lo primero que se restablezca en su antiguo esplendor”.⁵³

Cumplirá en 1873 su deseo con la institución del curso capitalino y su personal consagración como “emperador de las máscaras” atestiguado por medalla de plomo con su efigie en monstruosa risotada⁵⁴, que lucirá entre sus distinciones honoríficas.

El carnaval romano recibe también su atención; la epístola a su tío, el obispo Quiroga Sarmiento, tiene su pizca de desafío teológico. El carnaval, tan antiguo como la ciudad, quiebra con su impulso subterráneo la austeridad cristiana. Y un cándido Satumo a medio bautizar, se apodera de las calles y los corazones. La reflexión de Sarmiento está aquí cargada de piedad: “¿cómo arrebatarse al pobre pueblo tan infeliz cuando era gentil, cómo después de que fue cristiano, estos pocos momentos de dicha en los cuales, a merced de un disfraz, el mendigo se finge rey, y el poderoso sacude el fastidio que se pega a los artesones dorados de su palacio, como la telaraña a los rincones de la choza del pobre?”⁵⁵

El escrito sobre el carnaval romano repite el motivo de la apertura de los infiernos utilizado en la descripción del de Buenos Aires, su núcleo filosófico es idéntico; la persistencia del pasado en la vida de los pueblos y su mandato oculto, tema sobre el que volverá obsesivamente.

La épica samientina puede resumirse en una pregunta ¿cómo generar hambre y sed de saber?⁵⁶ Su concepción del espectáculo responde al interrogante. Los conocimientos deben estar en la atmósfera, deben ser respirados por la muchedumbre y espontáneamente deseados. Sarmiento no se engaña, las clases cultas son el enemigo capital de la educación pública⁵⁷ y los ojos y el anhelo de diversión del pueblo inculto, su mejor ama. Un sistema de fiestas y símbolos es el camino a seguir.

Notas

¹ O.C. t.

² V, 165: "(...) un sistema de creencias y de espectáculos, esto es, de ideas y de manifestaciones, puede formar irrevocablemente el carácter de un pueblo."

³ XIV, 231.

⁴ I, 278.

⁵ I, 278.

⁶ I, 266.

⁷ I, 266.

⁸ XLVIII, 66: "La educación primaria está hoy a la base del edificio, y es la garantía de la perpetuidad de las sociedades."

⁹ VII, 112: "Los argentinos saben la guerra obstinada que Facundo y Rosas han hecho al frac y a la moda".

¹⁰ XXI, 239: "(...) necesitamos hacer de toda la República una escuela."

¹¹ XXIX, 272: "me he de morir muy pronto si no les río en los hocicos, antes que me entierren, con doscientos mil argentinos en las escuelas, aprendiendo a empezar por el principio a ser pueblo, nación, república."

¹² XXIX, 88.

XLV, 267: "Es irreparable el estrago causado en nuestras costumbres domésticas por la supresión de las antiguas fiestas cristianas, el año nuevo o las pascuas, el "Christmas day" de los ingleses. No tenemos aquellos aguinaldos que hacen la felicidad de los niños (...)."

¹³ Carta a Ignacio Flores 22/06/1888: "(...) no hay gas ni luz eléctrica que ilumine mejor y alegre más a los hombres que tuvieron la fortuna de ser niños y recorrer como yo (...); los fogones de la noche de San Juan."

¹⁴ XLIX, 11.

¹⁵ XXVIII, 335.

¹⁶ XXX, 166: "El sacerdote le quita el pecado original con que nació, el maestro le tacha de salvaje que es el estado originario del hombre (...)."

¹⁷ XXX, 302: "en estas escuelas, que debieran multiplicarse al infinito, se habrán de echar los cimientos de la república y de la nación (...)."

¹⁸ XXX, 286, 287.

¹⁹ XLVII, 99.

²⁰ XLVII, 99.

²¹ XXIX, 128.

²² V, 150, 151.

²³ V, 169.

²⁴ III,

²⁵ XXIX, 272: "Educar a los hombres, educar a los caballos, educar a la tierra, educar esa Pampa embrionaria (...) la tierra esperando aún que se le ordene producir plantas y toda dase de simientes."

²⁶ La quinta normal de San Juan fundada por Sarmiento repite la misma estructura.

²⁷ XLVI, 84 "Este cementerio es la patria con cuerpo y alma; la patria de entonces; la patria de ahora, la patria de mañana" D.F.S.

²⁸ XLVI, 84.

²⁹ V, 158.

³⁰ V, 154.

³¹ V, 162.

³² V, 163.

³³ V, 320.

³⁴ V, 135.

³⁵ I, 355.

³⁶ I, 357.

³⁷ I, 358: "(...) El cambio de sexo no es uno de los menos picantes disfraces (...)."

³⁸ I, 359: "no teman, pues nuestras jovencitas, ni nuestras matronas tomar los disfraces."

³⁹ XXIII, 345.

⁴⁰ XXIII, 207: "(...) vestir como la dase europea. Esto transforma al hombre aún en el concepto propio, y basta eso para echarlo en nuevas vías."

⁴¹ XIV, 156.

⁴² V, 152.

⁴³ VII, 112: "en Asia, donde el hombre vive bajo gobiernos como el de Rosas, lleva desde los tiempos de Abraham vestido talar."

⁴⁴ VII, 112.

⁴⁵ XXII, 153.

⁴⁶ V, 152.

⁴⁷ Gustavo Bombini, *El gran Sarmiento*. Ed. El Ateneo. Buenos Aires, 2001. Carta a Ignacio Flores.

⁴⁸ XXXVIII, 333: "(...) el obispo niño, que era una fiesta de chicuelos haciendo en la iglesia las funciones sacerdotales."

⁴⁹ XXXVIII, 330.

⁵⁰ I, 191, 192.

⁵¹ XXXVIII, 77.

⁵² II, 147.

⁵³ I, 351.

⁵⁴ Belín Sarmiento, Augusto. *El Relicario de Sarmiento*, p. 14. Imp. La Mundial. Asunción. 1935.

⁵⁵ V, 241.

⁵⁶ XLV, 274: "¿Cómo, pues, crear una secreta y constante hambre y sed de saber? He aquí el problema de la civilización."

⁵⁷ XXIX, 131: "Las clases cultas de la América española son el enemigo capital de la educación."